GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

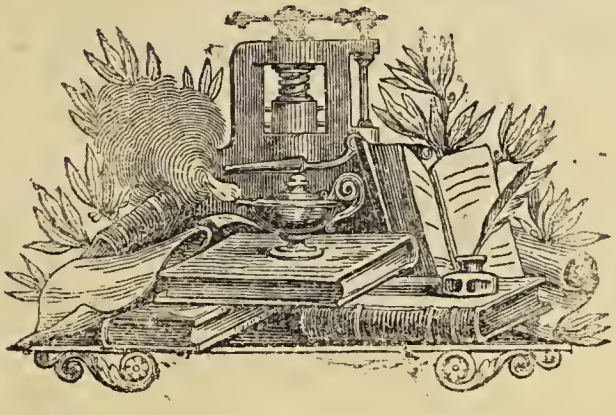
DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANGERO,

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid:

LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

Marcela, ó ¿á cuál de los tres?
Un tercero en discordia
Un novio para la niña.
Otro diablo predicador.
Me voy de Madrid.
La redaccion de un periódico.
Las improvisaciones.
Una de tantas.
Muérete y verás.
El amigo mártir.
Todo es farsa en este mundo.
D. Fernando el emplazado.
Medidas estraordinarias.
El poeta y la beneficiada.
Ella es él.
El pró y el contra.
El hombre gordo.
Flaquezas ministeriales.
El hombre pacífico.
El qué dirán.
Un dia de campo.
El novio y el concierto.
No ganamos para sustos.
Bellido Dolfos.
¡Una vieja!
El pelo de la dehesa.
Lances de carnaval.
Pruebas de amor conyugal.
El cuarto de hora.
La ponchada.
El plan de un drama.
Dios los cria y ellos se juntan.
Cuentas atrasadas.
Mi secretario y yo.
¡Qué hombre tan amable!
Los hijos de Eduardo.
Engañar con la verdad.
Los primeros amores.
A la zorra candilazo.
El amante prestado.
Un pasco á Bedlan.
Mi tio el jorobado.
La familia del boticario.
El segundo año.
La loca fingida.
No mas muchachos.
Mi empleo y mi muger.
La primera leccion de amor.
Lo vivo y lo pintado.
La pluma prodigiosa.
La Batelera de Pasages.
La mansion del crimen.
La escuela de las casadas.
El Editor responsable.
¡Estaba de Dios!
Blanca de Borbon.
Carlos II el hechizado.
Rosmunda.
D. Alvaro de Luna.
El entremetido.
Un novio á pedir de boca.
Un frances en Cartagena.
Por no decir la verdad.
Rodrigo.
Carlos V en Ajofrin.
Cuidado con las novias.
Un monarca y su privado.
El dia mas feliz de la vida.
El vigilante.
La escuela de los viejos.
El vaso de agua.
Un casamiento sin amor.
Matilde.
D. Trifon.
Masaniello.
Atrás!
Guzman el bueno.
El amigo en candelero.
El Trovador.
El page.
El rey monje.
Magdalena.
El bastardo.
Samuel.
Dandolo.
El encubierto de Valencia.
Batilde ó América libre.
Margarita de Borgoña.
La pandilla.
D. Juan de Marana.
Calígula.
Zaida.
Juan de Suavia.
El caballero leal.
El premio del vencedor.
Gabriel.
Las bodas de Doña Sancha.
Los amantes de Teruel.
Doña Mencia.
La redoma encantada.
La visionaria.
Los polvos de la madre Celestina.
El amo criado.
Ernesto.
El barbero de Sevilla.
Alfonso el Casto.
Primero yo.
El abuelito.
El Bachiller Mendárias.
Macias.
No mas mostrador.
Roberto Dillon.
Felipe.
Un desafio.
Arte de conspirar.
Partir á tiempo.
Tu amor ó la muerte.
D. Juan de Austria.
D. Alvaro, ó la fuerza del sino.
Tanto vales cuanto tienes.
Solaces de un prisionero.
La morisca de Alajuár.
El crisol de la lealtad.
Finezas contra desvios.
Guillermo Tell.
El gran capitan.
El desengaño en un sueño.
Mas vale llegar á tiempo.
Ganar perdiendo.
Cada cual con su razon.
Lealtad de una muger.
El zapatero y el rey 1.ª parte
Apoteosis de Calderon.
El zapatero y el rey, 2.ª parte.
El eco del torrente.
Los dos vireyes.
La corte del Buen-Retiro.
Bárbara Blomberg.
D. Jaime el conquistador.
Higuamota.
La aurora de Colon.
El conde D. Julian.
Cerdan, justicia de Aragon.
Contigo pan y cebolla.
Tal para cual.
Las costumbres de antaño.
El jugador.
Del mal el menos.
Toros y cañas.
Quien mas pone pierde mas.
Rivera.
El rigor de las desdichas.
Las simpatías.
El diablo cojuelo.
Las ventas de Cárdenas.
Dos validos.
La tumba salvada.
El Tasso.
Acertar errando.
Hacerse amar con peluca.
Shakespeare enamorado.
Máscara reconciliadora.
El testamento.
El gastrónomo sin dinero.
Miguel y Cristina.
La vuelta de Estanislao.
Las capas.
Un ministro!!!
Quiero ser cómico.
El ambicioso.
Marino Faliero.
El marido de mi muger.
Jacobo II.
El rey se divierte.
La muger de un artista.
La segunda dama duende.
Un alma de artista.
Una ausencia.
Mateo.
Amor de madre.
El honor español.
La sociedad de los trece.
Los perros del monte de san Bernardo.
El héroe por fuerza.
Bruno el tejedor.
De un apuro otro mayor.
Empeños de una venganza
¡Es un bandido!

JUSTICIA ARAGONESA.

DRAMA EN TRES ACTOS,

ORIGINAL Y EN VERSO,

POR

DON JUAN DE ALBA.

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Noviembre de 1844.

PERSONAGES DE TODO EL DRAMA.

GUILLERMO.
FELISA. } *sus hijos.*
PASCUAL. }
DOÑA ESTRELLA.
EL REY DON FERNANDO, *bajo el nombre de* DON ENRIQUE.
ALFREDO.
EL CONDE DON ADRIAN.
JULIA, *camarera.*
UN CAPITAN.
UN ALCAIDE.

Cortesanos, oficiales, soldados, aldeanos y pages.

La accion en el acto 1.° es en un pueblo de Aragon y casa de un rico labrador: en el 2.° en un salon del castillo del conde Alfredo, á una gran distancia del pueblo del acto 1.°: en el 3.° en un salon regio del palacio del rey don Fernando el Santo, en su corte.

Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

AL SEÑOR DE CAMPOS,

Coronel de Caballeria, Baron de Torres,

EN PRENDA DE BUENA AMISTAD,

JUAN DE ALBA.

715939

Acto primero.

PERSONAS.

GUILLERMO.	ADRIAN.
PASCUAL.	FELISA.
ALFREDO.	ALDEANOS.

Decoracion de casa blanca: puertas laterales y foro de campo.

ESCENA PRIMERA.

GUILLERMO. PASCUAL. ALDEANOS.

Guillermo. Ea, basta de holganza:
levantaos, y á trabajar;
os divertisteis un rato,
pues ahora á ganar el pan.
Ea, chiquios, ya lo dije,
no me lo hagais replicar.
Unos. Ya vamos.
Otros. Ya obedecemos.
Guillermo. Eso quiero, andaisus ya.
Hijo, mialos cómo corren
apenas me oyen hablar:
dóciles cual corderillos
me obedecen, ¿no es verdá?

Si vieras cuánto los quiero...
me dejaria matar
si á alguno de ellos quisiera
seducir algun truan.

Pascual. ¿Matar os dejarais?

Guillermo. Sí.
¿Y eso me preguntas? ¡Ba!
¿Por quién tengo tantas joyas?
¿por quién tan grande caudal?
¿por quién me llaman el rey
de esta pequeña ciudá?
Y en fin, di, ¿por quién comemos
el hermoso y blanco pan?
¿por quién tenemos to eso?
¿qué, no lo sabes, Pascual?
Pues despues de agradecerlo
á la Vírgen del Pilar,
lo ebemos al trabajo
de aquellos que con afan,
con suor labran la tierra
por un mísero jornal:
que mientras el sol los quema
ó los hiela el huracan,
ó los rigores aguantan
de furiosa tempestá,
nosotros bajo techao,
con grande comoidá,
los frutos atesoramos
que con su sangre nos dan.
Ahora, di si con la vida
esto se paga, Pascual.

Pascual. No, padre mio. Mas sé
que en este mundo falaz,
el que mas se sacrifica
ese pierde mucho mas.
Que el poderoso soberbio
es altivo y lenguaraz,
y aunque deba á sus criados
su existencia, su caudal,
aun los trata como á perros,
porque cree merecer mas.

Guillermo. Hijo mio, eso se quea

pa la gente desalmá;
de esos que en dorás carrozas
ó en sillas de manos van.
Pa los que adulan al rey
y lo venden por detras;
y en fin, pa los que han cambiao
to el orden natural;
y ande ecía la dotrina
pa tu hermano no querrás
lo que no quias paa tí,
an puesto: el probe, será
el que nos saque é la lumbre
las castañicas tostás,
y aunque se queme la mano
¿á nosotros qué nos da?
mas nosotros, labradores,
y aragoneses, que es mas,
compadezcamos al probe
que la existencia nos da;
que si es su solo delito
el ser probe, voto va,
que tan hombre es el mendigo
como el noble. Sí, Pascual,
la ley, la ley es mi norte,
sí, la ley de la igualdad.
Pero aqui viene tu hermana,
ñala qué bonita está.

Pascual. Pero triste siempre.

Guillermo. Es cierto:
¡y eso meá que pensar!

ESCENA II.

GUILLERMO. PASCUAL. FELISA.

Guillermo. Vamos, chiquia, ¿qué te pasa?
por via de Belcebú.
¿Por qué sufres? ¿No eres tú
la sola ama de esta casa?
Dime si anda algun moscon
á tu reposo atentando,
y verás cómo volando

le hago salir de Aragon.
¿Por qué me afliges, cordera?
¿No sabes que huye mi encanto
cuando veo correr el llanto
por tu carica é cera?
¿Te pesó ejar la corte?
¿No has venido ya instruía?
¿No estás hecha, perla mia,
toa una muger de porte?
Pues si al cabo de quince años
del colegio á casa vienes,
¿por qué alegría no tienes?
á tí te andan con engaños...

Felisa. No, padre mio; serena
siempre estoy, no lo dudad.

Guillermo. En tu rostro hay tempestá,
tú á mí no engañas, sirena.

Felisa. No, que todo mi placer
es volver á la presencia
del que me dió la existencia.
Porque asi mi padecer...

Pascual. ¡Tú padecer, linda hermana!
Di quién causa tus enojos;
¿quién ha cubierto de abrojos
tu existencia soberana?
Sufriremos mil reveses
de la vida, no deshonra,
que no puen vivir sin honra
los que son aragoneses.
¡Si mi sospecha cierta es,
buscaré al que te á ofendío,
y le haré ver que é nacío
español y aragonés!

Felisa. Pero si...

Guillermo. Di sin reparo
por qué ese llanto copioso...
Alguien te está haciendo el oso.
Vamos, Felisa, habla claro;
aun tienes dos corazones
que se espepitan por tí,
aun tiene tu padre aqui
cariño, fuerza, y millones.

Y mil brazos que á mi voz
al momento se alzarian
y á vengarnos correrian
del enemigo feroz.
Habla por Dios, hija mia;
por el alma de tu madre
descubre tu pena á un padre
que en tí cifra su alegría.

Felisa. Pero si nada me agita.

Guillermo. ¿Con que franca no serás?
¿Con que á mí mé fingirás?
¡Ah, corte, corte maldita!
Porque saliste é mi lao,
ya á fingir has aprendío.
Que en Aragon has nacío
ya Felisa has olvidao.

Felisa. ¡No, mi padre! no olvidé
que en el pais siempre honrado
mi tierna infancia yo al lado
de mi familia pasé.
No olvidó mi corazon
los principios de honradez
que son la gloria y la prez
de los hijos de Aragon.
Mas una causa fatal
mi dicha está acibarando,
y mi existencia acabando
una pasion criminal.

Guillermo. ¿Crimen dices?

Pascual. Habla pronto.

Guillermo. ¿Hay deshonra?

Pascual. ¿La hay? confiesa.

Felisa. He nacido aragonesa,
me justifico con esto.

Guillermo. Pues entonces...

Pascual. Dilo todo.

Felisa. Amo á un noble cortesano,
y deseo darle mi mano.

Guillermo. No ha de ser de ningun modo.

Felisa. Padre...

Guillermo. Chito, no quieo oirte:
¿piensas que á tí se unirá

un grande? no; solo hará
vilezas pa seducirte.
Pero aun vivo, ¡voto á brios!
venga el hidalgo que intenta
nuesta mengua, nuestra afrenta,
que le esperamos los dos.
¿Quieres á un puesto aspirar
do si acaso te elevaras
al poco tiempo anhelaras
precipitaa bajar?
Del noble el amor se acaba
cuando logra su deseo.
Sí: despues del himeneo
la probe esposa es esclava.
¿Y qué? solo por un nombre
tu perdicion has buscao.
¿No sabes que siendo honrao
es un grande cualquier hombre?
Yo mismo, yo, grande soy:
y aunque no tengo talento,
voy á probarte al momento
que en el pináculo estoy.
Antes que to, tengo honor;
buen corazon, alma leal;
salud, é inmenso caudal,
y de aqui soy el señor.
Y mil dependientes tengo
que por mí sus vidas dieran
y mi triunfo consiguieran.
Yo á medio pueblo mantengo;
nunca tengo que adular,
pues vivo de mi tesoro;
con salud, amigos, y oro,
ni aun al rey puedo envidiar.
Ahora mi dicha compara
con el noble que hoy se eleva,
y mañana un golpe lleva
que hasta el infierno no pára;
y mientras goza el favor
vive entre intrigas, traiciones,
y viles conjuraciones
que le tiende algun traidor.

Ahora, ¿dime si en conciencia
es mas un noble orgulloso,
que el labrador generoso
que vive en la independencia?

Pascual. Es verdá: de pensar cesa
en ese amante ó le eslomo,
que yo, hermana, siempre tomo
la justicia aragonesa.

Felisa. Descuidad: mi acerva pena
procuraré desterrar;
no mas me vereis llorar.
Contempladme ya serena.
No ignoro que la muger
por necias preocupaciones
sus entusiastas pasiones
tiene siempre que esconder.
Ya esclava cuando doncella,
ya cuando esposa, oprimida,
siempre es amarga su vida,
siempre la víctima es ella.
Pues si acaso su alma ardiente
su prision romper intenta,
las señales de la afrenta
imprime el mundo en su frente.
Mas no Dios, la sociedad
condenó en su injusto juicio
la muger al sacrificio,
y el hombre á la libertad.

Guillermo. Echa, echa, colegiala.
Vaya un hablar. ¡Qué primor!
¡pues! rebuzna á tu sabor,
pero urrie de aqui; á la sala.
¿Estando ante tí los dos
con retóricas, impía,
has pretendío, atrevía,
enmendar la plana á Dios?

Felisa. Padre, si...

Guillermo. No quieo escuchar
esa gramática é corte:
no te vas, señora, é porte,
pues queaté aqui á charlar.

(*Vanse los dos.*)

ESCENA III.

FELISA, *sola. A poco* ALFREDO.

Felisa. Abandonadme al dolor
que despedaza mi alma,
pues nada el tormento calma
que sufrir me hace el amor.
¿Por qué á la corte yo fuí?
Alfredo. Para hacer feliz al hombre
que entusiasta, no te asombre,
viene á postrarse ante tí.
Felisa. Alfredo...
Alfredo. ¡Sí, prenda mia!
El cortesano opulento
que te adora sin falsía,
y á mitigar tu tormento
se apresurará este dia.
Que ese llanto tan cruel
marchita tu frente pura,
y en tí mira tu doncel
un modelo de hermosura,
la vírgen de Rafael.
Enjuga ese llanto hermoso,
porque tus lágrimas son
las perlas del Mar Coloso
que arranca del gran peñon
el huracan poderoso.
Si nos niega su licencia
tu padre para adorarnos,
no debemos arredrarnos,
que la inmensa Omnipotencia,
ó hermosa, querrá ampararnos.
Lejos de aquí partiremos,
y ante Dios nos uniremos
siendo envidia de mortales.
Y mis castillos feudales
con placer recorreremos.
Y mis vasallos al verte
tu nombre bendecirán,
ante tí se postrarán,
y servirte hasta la muerte

entusiastas jurarán.
Y si hoy feliz te corono
con mi diadema ducal,
muy en breve, yo lo abono,
ondeará sobre tu trono
el pabellon nacional.

Felisa. Señor, negar no podré
que os he amado, que os adoro,
y que guardaré mi fé,
pero nunca olvidaré
mi obligacion, mi decoro.
Vos sois noble caballero,
y yo soy de pobre cuna;
aunque es mi amor verdadero,
no es igual nuestra fortuna,
y mi deber cumplir quiero.
Duque, por Dios, retiraos,
que si os llegan aqui á ver...
yo os lo suplico, marchaos,
y para siempre olvidaos
de esta mísera muger.
Siento pasos: por piedad,
idos pronto, yo os lo ruego.

Alfredo. Sí, cedo á tu voluntad;
mas aqui volveré luego.

Felisa. Bien, señor, pero marchad. (*Vase.*)

ESCENA IV.

FELISA. *Luego* GUILLERMO.

Felisa. ¿Habrán escuchado? ¡Ay Dios!
Esto es mucho padecer.

Guillermo. Toavía por aqui,
y con lagrimones: ¡pues!
¡te has empeñao en ponerme
á la garganta un cordel!
Mira, chiquia, esto va malo;
te quieo con mucha fé.
Mas si das en aburrirme,
mia, Felisa, que é de hacer
una que sonáa sea

dende la España hasta Argel.

Felisa. Pero...

Guillermo. Sé que es escusao
señalarte tu deber;
y que debo acostumbrarme...
á lo que nunca podré.
¿Yo he de mirarte llorar,
y tan despiadao é ser,
que queriéndote yo tanto
no te pregunte el por qué?
No, Felisa, no hija mia,
si yo te veo paecer
y á tu dolor el consuelo
no puedo dar, lloraré
tus desventuras contigo,
porque te amo sin doblez.
Te daré buenos consejos,
no como padre cruel,
sino como un fiel amigo
de los pocos que se ven.
Y si mi llanto y palabras
no te pueden convencer,
buscaré á ese vil amante,
á puñás lo aplastaré,
y me moriré contigo
de mi venganza espues.
Esto solo si estás triste
será lo que puea hacer,
pero mirarte afligía
y disimular, no es
para mí, que soy buen padre
que en mis hijos veo mi bien:
y en fin, latiendo en mi pecho
corazon de aragonés...

Felisa. ¿Quereis afligirme, padre?

Guillermo. Quieo como hombre de bien
decirte to lo que siento,
porque yo fingir no sé.
Y escucha, que aconsejarte
quieo por la última vez.
Si no quieo que te enlaces
con un cortesano, no es

porque no quiá complacerte
ni por orgulloso ser.
Yo aprecio al probe mendigo
y aprecio al noble tambien
cuando abrigan en sus pechos
sentimientos de honradez.
Yo bien sé que hay palaciegos
viles á mas no poder,
y probes que en su miseria
demuestran necia altivez.
Y sé tambien que aunque pocos,
hay cortesanos tambien
nobles por ilustre sangre,
y nobles por honradez.
Que mi opinion no me ciega,
y no dejo é conocer
que en todas clases y estados
hay bueno y malo á la vez.
Pero si como es probable
ese amante de Luzbel
nos sale un noble orgulloso
despues que seas su muger
y se avergüenza é tí,
y te mira con desden,
y por remate de cuentas
luego teá un puntapie...
¡digo! ¿pasarás vergüenza?
¿Conoces si digo bien?
Si esto pasa, ¿qué te espera?
Vergüenza: por onde quier
te se reirán los criaos,
y las señoras de prez
huirán de la labraora
con desprecio el mas soez.
Felisa, piensa y evita
tu esonra y paecer,
no aspires á mas alturas,
que la bajáa es cruel.
Aqui tienes mil honraos
que cifrarán su placer
en servirte de roillas,
en bendecirte con fé.

Sí, ven conmigo, Felisa,
los campos te enseñaré.
llenos de hermosa cosecha
que van pronto á recoger.
Yo en joyas las mas preciosas
sus frutos emplearé,
y así lograré que envidia
por tu lujo á toas dés;
ahora si quieres casarte
mi bendicion te echaré.
No quiero yo por mas tiempo
verte infeliz paecer.
Eres hermosa, eres jóven,
yo á mi ancianidá llegué.
En caso de un sacrificio
yo el paciente debo ser.
Con que véate yo dichosa,
aunque me muera espues.

Felisa. ¿Y á precio de vuestra vida
comprára yo mi placer?
No, padre mio, si yo amo
á un hidalgo de honra y prez,
yo mi pasion, padre mio,
de sofocar trataré.
Pero si me veis llorar
por desgracia alguna vez,
no me pregunteis la causa,
pues ya la podreis saber.
Yo trataré de ocultar
mi pesar, ya lo vereis.
Pero ¡ay padre! que si al alma
la hiere puñal cruel,
en el rostro la agonía
pintada al punto se ve.
Por él corre ardiente llanto,
que el llanto es, no lo dudeis,
fuego que despide el alma,
del corazon sangre y hiel,
sí, que del bueno el semblante
espejo del alma es.

Guillermo. Basta: me has enternecío;
ea, Dios nos saque en bien.

No llores mas, perla mia,
que te voy á complacer.
Mucho me cuesta el decirlo...
pero al cabo... alégrate;
vas á dar tu mano... chiquia,
si no puedo hablar. ¿Lo ves?
Si con lo que voy á icirte
me paece... será chochez,
que voy á hacerte infeliz...
pero si al cabo á é ser.
Ea, basta de repulgos,
hijá mia, abrázame.
Cásate con ese grande
á quien tienes tal querer.

Felisa. ¡Ah! ¡padre! Yo os doy mil gracias,
pues venturosa me haceis.

Guillermo. ¡Venturosa! Dios lo haga.
Y si no... escúchame bien:
vas á casarte, y es claro,
á largarte luego espues;
á brillar en las tertulias
de la corte; ¡cómo á é ser!
Yo me quearé, aunque triste,
en casa, pero sabré
si eres feliz con tu esposo,
ó si al contrario tambien.
Si te olvida, ó te maltrata,
no temas, yo volaré
á tu lao á defenderte
diquiá que muerte me den.
Pero tú, cuidiao, sé siempre
lo que á ser yo te enseñé.
Juiciosa, fiel, mu sencilla,
mu mugercica de bien.
No te faltarán moscones
que el amor te quian hacer,
pero á esos no los escuches,
y á tu esposo acógete.
Para ser feliz, Felisa,
lo primero es la honradez.

ESCENA V.

DICHOS. PASCUAL.

Pascual. ¡Hola, chiquia! ¿Ya no lloras?
¿Se ha disipao tu pena?
Vaya, que sea en horagüena.
¿O es que la píldora doras?
Felisa. No; que muy dichosa soy,
pues mi padre bondadoso
me concede por esposo
al que mi cariño doy.
Pascual. ¿Cómo es esto? ¿Eso es verdá?
Esta chiquia disparata:
¡tú casarte...! Patarata;
y con palaciego... ¡Ba...!
Guillermo. Dijo bien, voy á casarla,
no quiero verla sufrir.
Pascual. ¿Eso vais á consentir?
Guillermo. Sí, no quiero atormentarla.
Pascual. ¿Con que la vais á perder?
Felisa. No, que me va á hacer dichosa.
Guillermo. Pienso hacerla venturosa.
Fascual. Pues por vos va á perecer.
Felisa. }
Guillermo. } ¡Pascual!
Pascual. Lo dicho, sí.
Y escuchad breve un relato,
que aunque yo sea un pazguato,
habla la razon en mí.
Vas á dejar nuestro lao;
¿te vas á la corte? ¡Bueno!
pues ya el mataor veneno
hasta el fin has apurao.
Hoy te marcharás galana
siendo esposa de un señor,
rodeada de esplendor
como gentil soberana.
Tus pages disputarán
de servirte la ventura,
y reina de la hermosura

los bravos te llamarán.
Rodeada de placeres
serás feliz con tu esposo,
siendo tu brillo ostentoso
envidia de las mugeres.
Pero ¡oh Dios! cuando engreida
mas estés, con tanta gloria,
(no lo eches de la memoria)
darás mas fuerte caida.
Llegará algun cortesano
quién eres á penetrar,
y hará al fin avergonzar
al que diste tú la mano.
Mil bellas le ofrecerán
á tu esposo, el que cegao
te apartará de su lao.
Y entonces te escupirán,
y dirán mia la señora
á quien hemos adulao:
¿de cuándo acá se á postrao
un grande á una labraora?
De befa los servirás,
y á tu esposo de desprecio,
y mia, hermana, que aunque necio
si esto pasa ya verás.
Tú de vergüenza y dolor
morirás, y nuestro padre
á buscar irá á mi madre
al trono del Criador.
¿Y si esto pasa, qué haré?
Prepararme con presteza
á que sieguen mi cabeza,
porque yo me vengaré.
Si á tu esposo no le eslomo
por no encontrar un garrote,
me cuelgo de su cogote
y á mordiscos me lo como.

Felisa. Nada tengo que añadir
á lo que ya os dije antes;
pero hace cortos instantes
que me hicísteis discurrir
un porvenir de ventura,

y aunque era grande mi dicha,
(*Sale Alfredo y observa.*)
me preparo á la desdicha
con frente serena y pura.
Es inmensa mi pasion,
nunca la podré apagar,
pero sabré respetar
al que debo sumision.
Podré de dolor morir,
mas cumpliré mi deber,
sabiéndoos obedecer
con resignarme y sufrir.

Guillermo. ¡Eso no!

Pascual. Tiene un moito
de icir las cosas, que...
náa, padre. Cállese,
que le coge en el garlito.
Pero, tate, un gran señor.
Aelante, caballero.

Felisa. ¡Ay, él es!

Pascual. Y bien, lucero,
asi hablaremos mejor.

ESCENA VI.

LOS MISMOS. ALFREDO.

Alfredo. Salud, nobles labradores:
cólmeos de ventura el cielo,
y de aqui los moradores
os proclamen los señores
de este sano y fértil-suelo.

Guillermo. A tan grande cumplimiento
solo os pueo contestar,
que este mezquino aposento
es real en este momento,
pues le acabais vos de honrar.
Ved si servir os podemos
en algo, que aunque villanos,
de algo en el mundo valemos,
Mis caudales y artesanos
para serviros ponemos...

Alfredo. Mil gracias: pero escuchad.

Ya sabeis que vuestra hija,
esa sin igual beldad,
sufre tortura prolija
porque ama con ansiedad.
El venturoso mortal
que su amor ha conseguido,
es un cortesano leal,
un guerrero que ha obtenido
de Marte el lauro inmortal.
Es un conde poderoso,
que su cuna ennobleció
por su brazo valeroso;
y en fin, ese hombre dichoso
de quien os hablo, soy yo.

Guillermo. No negaré que me honrais,
pero...

Pascual. ¡Eh! padre, poco á poco.
En cuanto á honra, vos la dais
al señor, y no estoy loco,
que sois rico y no adulais.
Que esto diga no os asombre:
(*A Alfredo.*)
con entereza profunda
os diré, aunque sois grande hombre,
que la nobleza se funda
en el alma, no en el nombre.
Y aunque el mismo rey seais vos,
es mi padre hombre opulento;
sois honraos, con que por Dios,
que con este casamiento
os honrais ambos á dos.

Guillermo. Silencio, Pascual.

Pascual. Ya, ya...

Guillermo. Siempre has de charlar veloz,
y meterte...

Pascual. Mal está;
pero aunque pegue una coz,
digo siempre la verdá.

Guillermo. Perdonad, y prosigamos,
y cuidiao otra vez, Pascual.
Decia que nos honrábamos
con una union tan cabal.

Pero mal de ella pensamos.

Alfredo. ¿Qué razon...

Guillermo. Sois caballero.
Mi hija es plebeya, y mañana
que os cansareis de ella infiero.
Y en su juventud temprana
que infeliz la hareis espero.

Alfredo. Si es ese vuestro temor,
mis palabras escuchad.
Óigalas el Redentor,
y confunda mi impiedad
si fueren falsas, señor.
Adoro á vuestra hija bella
con volcánica pasion;
ella es la luciente estrella
y la mágica centella
que anima á mi corazon.
Si me concedeis su mano
mi valor acrecerá,
me temblará el africano,
y su trono soberano
á mis pies se humillará.
Yo al pais de los infieles
penetraré con teson,
y sus inmensos bageles
conducirán mis laureles
á la española nacion.
Si en adquirir gloria insisto
por este mi amor profundo,
tremolaré si aun existo
en el africano mundo
el pendon de Jesucristo.
Y de esta gloria despues,
de orgullo y placer henchido,
dejaré el guerrero arnés,
postrando el laurel ceñido
de mi señora á los pies.

Guillermo. Ya no dudemos, Pascual.
Ya oiste, la hará dichosa.
¡Dios quiera no salga mal!
con que... sea vuestra esposa.
Y cuidiao, sedla leal.

Pascual. Yo sin tanto requilorio
como el señor ha empleao,
le digo que el desposorio
se va á hacer; ande el jolgorio,
pero conmigo cuidiao.
Si llega á amar á mi hermana,
pue matarme y callaré:
como á hermano le amaré,
sí señor; por verla ufana,
que me pisen dejaré.
Pero si su corazon
vendiere á la hermana mia,
al verme busque la uncion,
pues solo á una puñá mia
le romperé el esternon.

Alfredo. Mis fieles hechos dirán
la pureza de mi amor.
Ahora pues me seguirán,
si no á la corte, señor,
á mi castillo: ¿querrán?

Guillermo. ¿Y para qué?

Alfredo. Allí espera
un ministro del altar,
y ante Dios, luego quisiera
nuestros votos recibiera.
¿Me podreis esto negar?
En la corte mi presencia
ahora se hace indispensable,
y estos momentos de ausencia
aprovechar es prudencia,
que es el rey inexorable.
A la puerta mi litera
ya nos aguarda, venid.
Es mi súplica primera:
¿me desairarcis? decid.
Mucho en verdad lo sintiera.

Guillermo. No señor, os seguiremos.
No sé qué pasa por mí.
A marchar nos preparemos...
Mas yo no puedo, que aqui...
Esperad, presto volvemos.
(*Vanse todos menos Alfredo.*)

ESCENA VII.

ALFREDO.

Bien haya mi buena suerte,
que cuanto anhelo me da.
En esta ocasion yo triunfo:
¡cuál mi dicha envidiarán!
Pero al viejo, vive Cristo,
le compadezco en verdad.
No asi al rudo aragonés,
á ese iracundo Pascual.
Pobre mozo: mas ¿quién viene?
¡Vive el cielo que es Adrian!

ESCENA VIII.

ALFREDO. ADRIAN.

Adrian. ¿Vos por aqui, noble conde?
¿hablásteis al padre?
Alfredo. Ya.
Adrian. ¿Y consiente?
Alfredo. Y ahora mismo
con su hija me seguirá.
Adrian. ¿Con que yo quedo burlado?
¿Con que frustraste mi plan?
Alfredo. Eso mismo ha sucedido,
si no lo tomais á mal.
Adrian. En buen hora. Mi litera
á la vuestra seguirá.
Y no han de pasar dos dias
sin que os quite...
Alfredo. Se verá.
Adrian. ¿Lo dudais? pues lo veremos.
Dadme esa mano.
Alfredo. Apretad.
Adrian. Quién vence á quién, señor conde,
muy en breve se verá.
Alfredo. Ellos salen; retiraos.
Adrian. Sí, me marcho; sosegad.
No fuera nada prudente

que aqui me vieran. Pues ya...
Alfredo. Que vienen, marchad al punto.
Adrian. Que os la quito no dudad.
(*Vase Adrian.*)

ESCENA IX.

ALFREDO. GUILLERMO. PASCUAL. FELISA. *A poco* ALDEANOS.

Guillermo. Aqui estamos ya, señor.
Mas yo no puedo marchar,
pues mi casa abandonar
fuera un imprudente error.
Pero es igual, á mi hija
acompañará su hermano,
y asi que ella os dé su mano
la dejará, aunque os aflija.
Señor, os llevais la prenda
que mas en el mundo adoro.
Recibe mi ardiente lloro
de mi cariño en ofrenda.
Muchachos, vénid acá.
(*Salen los aldeanos.*)
No estrañeis mi desconsuelo;
amigos, se va mi cielo.
La señorita se va:
va á casarse, á ser dichosa...
Todos. ¡Que viva!
Guillermo. Que viva, sí.
Más va á ser lejos de mí:
¡esta idea es horrorosa!
Hacedla feliz, señor:
ya la veis, es muy hermosa;
no marchiteis esta rosa
con la espina del dolor.
A Dios, hija. Huyó mi calma;
me matas...
Felisa. ¡Ah! compasion.
Guillermo. Recibe mi bendicion,
y con ella toa mi alma.
A Dios: por feliz hacerte

de mis brazos te desvio:
¡ah! yo te ruego, Dios mio,
que pronto me des la muerte.

Felisa. No, padre, no marcharé
dejándoos en tal tortura,
pues la paternal ternura
del alma no desterré.

Guillermo. ¡Sí, hija mia, marcha ya!
Yo iré á verte, á consolarte,
y en mis brazos á estrecharte...
Mas no, te avergonzaré:
tú entre la alta sociedad
vive llena de esplendor,
que este viejo labrador
no herirá tu vanidad.
A Dios otra vez: no llores,
que si marchas afligida,
vas á acibarar mi vida
con insufribles dolores.
Vete ya, que mil pedazos
me haces el alma: sé esposa,
y si alguno afrentarte osa
aqui te esperan mis brazos.

Felisa. ¡No os olvidaré jamas!

Alfredo. ¡Venid!

Guillermo. ¡Felisa!

Pascual. ¡Partamos!

Guillermo. ¡Hija mia!

Felisa. ¡Padre!

Pascual y *Alfredo.* ¡Vamos!

Guillermo. Amigos, no puedo mas.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

PERSONAS.

GUILLERMO, *padre de* FELISA.
JULIA, *camarera.*
DOÑA ESTRELLA.
ALFREDO.
ENRIQUE.
ALCAIDE DEL CASTILLO.
CABALLEROS, CORTESANOS, ALDEANOS, EL CONDE ADRIAN.

Salon de un castillo.

ESCENA PRIMERA.

FELISA. JULIA.

Julia. Vamos, señora, acabad
de componeros, que pronto
al castillo llegará
vuestro enamorado esposo.
Que en su ausencia triste esteis
es natural, lo conozco.
Pero cuando á vuestros brazos
se arrojará ya tan pronto...

Felisa. A mis brazos, sí: hace un mes
que di mi mano, y el gozo
disfruté solo seis dias
de vivir con el que adoro.
Despues se partió á la corte,

y apenas sé de él: conozco
que el amor que me tenía
dejó de ser ardoroso.
¡Ah! ¿quién sabe? alguna bella...
(de pensarlo me sofoco)
gozando esté sus caricias...
Si asi fuere, á Dios reposo.
Yo le escribo que sin él
solo la muerte ambiciono.
Que hay un doncel de la corte,
noble si no me equivoco,
que siempre rondando está
este castillo suntuoso.
¿Y qué ha contestado á esto?
No puedo ir á ver tu rostro
hasta que se haya cumplido
un mes de nuestro consorcio.
Y en cuanto al doncel, no temas,
no te verá, yo respondo.
Apenas su única carta
acabo de leer, un mozo
se me presenta, y de parte
de su buen amo mi esposo
me dijo que le siguiera
á otro aposento mas cómodo.
Me conduce á él, y al salir
dijo con semblante torvo:
«Yo, señora, espía soy,
y vigilaré celoso
vuestra conducta.» Partió,
y helada quedé de asombro,
oyendo echar á esas puertas
las llaves y los cerrojos.
Desde entonces esta sala
es mi prision: á nadie oigo
mas que á tí, fiel compañera
de esta soledad que odio.
Pero si encerrada estoy
por celos, todo lo arrostro,
pues será prueba evidente
de que me adora mi esposo.

Julia. Es cierto, señora mia.

Mas sea lo que fuere, poco
os queda ya de sufrir.
Ved el reló, son las ocho.
A esta hora llegar debe
mi señor: él cariñoso
sabrá ahuyentar los pesares
que hacen verter vuestro lloro.
Entre tanto concluyamos
vuestro tocado, que todos
los señores del castillo
que de aqui ven nuestros ojos,
por mi señor convidados
estan para daros gozo.
Ya por hoy se han descorrido
las llaves y los cerrojos.
Esto dice la alegría
que hoy gozaremos supongo.

ESCENA II.

DICHAS. EL ALCAIDE.

Alcaide. Mi señora, el propietario
de aquese castillo próximo,
con su esposa, solicita
saludaros.

Felisa. No me opongo.
(*Vase el alcaide.*)

Julia. Me retiraré, señora.

Felisa. ¿Y por qué? No me deshonro
porque mi fiel compañera
á mi lado se halle.

Julia. ¿Cómo...?

Felisa. Sí, quédate; tu vestido,
si no es cual este suntuoso,
es bello... y tu corazon,
digno á la verdad de todo.

Julia. Señora, tanto me honrais
que es daros las gracias poco.
Pero ya sabeis que os amo,
que he sido un mes vuestro apoyo,
y que he llorado con vos

vuestros pesares recónditos.
Y yo os lo juro mil veces
por el Todopoderoso,
si desdichada algun dia
os veis por un alevoso,
por un monstruo seductor,
cuyo nombre sé y escondo,
prometo solemnemente
seguir vuestra suerte en todo.

Felisa. ¿Qué quieres decir...? esplica...

Julia. Ahora fuera peligroso;
pero descuidad, yo velo
por vuestra suerte, y respondo...
Mas ya vienen, me retiro.

ESCENA III.

DICHOS. DON ENRIQUE. DOÑA ESTRELLA. ACOMPAÑAMIENTO DE CORTESANOS.

Enrique. Salud, señora: el honor
tengo de felicitaros,
y tambien de presentaros
al objeto de mi amor.
Los dos á vuestro servicio
con placer nos ofrecemos.
No en hacer vacilaremos
por vos cualquier sacrificio.

Felisa. Ese cortés cumplimiento
vuestra alta clase revela,
y que sepais mi alma anhela
que me dísteis gran contento;
y justo será deciros
por lo noble y lo galan,
que dichosa me verán
si me permitís serviros.

Estrella. Tanto honor no merecemos;
mas pues aqui nos hallamos,
solo un favor esperamos
que de vos conseguiremos.

Felisa. Cuanto yo pueda, mandad.

Estrella. Me direis que soy curiosa;
mas decidme: ¿sois la esposa
del buen conde?
Felisa. Sí en verdad.
Si acaso lo habeis dudado,
una ofensa me habeis hecho,
que el amor que arde en mi pecho
ya ante Dios le he consagrado.
Estrella. ¿Qué decís...? ¡su mano os dió...
Felisa. En presencia del Eterno
nuestro fiel cariño tierno
un sacerdote enlazó.
Enrique. Esto me basta; quedaos, (*A Estrella.*)
y cortesana no sed;
que yo la amparo sabed,
de despreciarla guardaos.
(Pura paloma sin hiel,
si de tu honor se han burlado,
no faltará un hombre honrado
que te libre del cruel.)
Bella, á Dios: no tengo duda
que á sufrir vais un pesar.
Firmeza, no hay que temblar,
que mi valor os escuda. (*Vase.*)
Felisa. ¿Qué quiere darme á entender
con sus palabras? ¡oh cielo!
toda me ha cubierto un hielo;
tiemblo llegar á entrever...
Estrella. Nada temais: ilusiones
son sin duda: sosegad
vuestro espíritu, y pensad
no en penas, sino en funciones.
Sois rica, jóven, y hermosa:
¿qué mas desear podeis,
y mucho mas cuando os veis
de un noble conde la esposa?
¿Vos tambien, á no dudar,
sereis de una ilustre cuna?
Y bien, ¿qué mayor fortuna
nadie puede disfrutar?
¿Es vuestro padre, decid,
acaso marques ó conde?

Que ha de ser no se me esconde
algun soberbio adalid.

Felisa. (¡Dios mio! dadme valor:
¡oh cuánto tarda mi esposo!)
Mi padre es un poderoso,
hombre sin igual de honor.

Estrella. ¿Y ese honor sin duda alguna
combatiendo lo adquirió?
¿Y ademas si se meció
en noble dorada cuna...?

Felisa. (¡Se está burlando de mí...!
¿Y yo el nombre he de esconder
del padre que me dió el ser...?)

Estrella. ¿Estais disgustada?

Felisa. Sí.

Estrella. Yo molestaros sintiera;
mas el nombre he preguntado
de vuestro padre adorado,
por no ignorar su alta esfera.
Pero si os avergonzais
de decir cuál es su nombre,
que os diga yo no os asombre
que plebeya os confesais.

Felisa. Señora, franqueza hallar
pensé en vos y en vuestro esposo,
mas ya veo que es ocioso
tan buena prenda encontrar.
Pero si pensado habeis
humillarme con jactancia,
ante vos con arrogancia
que me elevo mas, vereis.
Si aun no el nombre he pronunciado
del señor de toda mi alma,
con noble orgullo y con calma
os diré que es un honrado;
y aunque no conquistó villas
ni escudos le condecoran,
para oir su nombre, señora,
habeis de estar de rodillas.

Estrella. ¡Oh! yo no os quise ofender;
recobrad vuestro sosiego;
noble condesa, ese fuego

apresuraos á esconder.
Pues si llega vuestro esposo,
y ardiendo mira el semblante
de su bella y fiel amante,
á perder va su reposo.
Pobre niña, os compadezco:
cuando querais elevaros,
que prometo derribaros
desesperada os ofrezco.
Nuestro destino igual es,
y pues sois tan orgullosa,
sí, vos y yo de una esposa
hoy caeremos á los pies.

Felisa. ¿Qué decís? Hablad por Dios;
yo os lo suplico, hablad claro.

Estrella. Que ya suplicais reparo;
humillándoos ya vais vos.
Pues bien, sabed que yo soy
la mas querida del conde.
Por mí esta carta responde.
Tomad, leedla, os la doy.

Felisa. Nada mas quiero saber,
cese vuestra lengua impura.
Basta ya á mi desventura
saber que ama á otra muger.
Pero pues decís ufana
que mi esposo os ama, ahora
de mi vista huid, traidora,
libertina cortesana.
Ahora mi frente se eleva
para decirte orgullosa,
que á las plantas de la esposa
debe de estar la manceba.

Estrella. A las plantas debe estar:
por eso nos postraremos,
y el delito lloraremos
que debemos espiar.

Felisa. ¿Qué decís?

Estrella. Por eso, sí,
dos mugeres deshonradas,
y de dolor traspasadas,
hoy van á quedar aqui.

Felisa. Pero...
Estrella. Por eso acabó
la estimacion de dos seres;
y sabedlo, esas mugeres,
una sois vos, otra yo.
Felisa. Yo soy consorte...
Estrella. Mentira.
Como vos yo fuí casada,
como vos fuí engañada:
por eso mi alma suspira.
Felisa. ¡Gran Dios!
Estrella. Con el conde infiel
me enlacé, pero el malvado
que nos unió fue un criado
de ese noble indigno y cruel.
Felisa. ¡Cielos!
Estrella. Y descubrí luego
que el conde casado estaba,
y la esposa sospechaba
nuestro devorante fuego.
Felisa. ¡Ah!!!
Estrella. ¿Ya tu frente no elevas?
Ahora á mi vez rencorosa
te digo que ante la esposa
hoy caeremos las mancebas.
Felisa. ¡Yo manceba...! ¡Nombre vil!
Estrella. Pero es el vuestro, señora,
que una sierpe matadora
ya emponzoñó vuestro abril,
y aunque yo soy desdichada,
se deleita mi existir
en contemplaros sufrir.
Por el conde deshonrada
estais como yo, temblad,
y os espera tal tormento,
que hoy... escuchadme un momento,
y el arcano penetrad.
Del justo rey don Fernando
era el conde favorito,
mas ya descubrió el delito
en su corazon nefando.
Por orden aqui he venido

de nuestro gran soberano,
para que bese la mano
de la esposa que he ofendido.
Y para que en la presencia
del infiel que me ha perdido
diga que me ha seducido
con engaños y violencia,
á esto tengo que humillarme;
mas se goza el corazon
al ver que en mi humillacion
vais, señora, á acompañarme,
y que si acaso la muerte
no haber al conde olvidado
mé cuesta, vos á mi lado
sufrireis la misma suerte.

Felisa. Es que yo nada sabia;
el delito vuestro es,
si de engañada despues
vuestro amor no desistia.
Pero no puedo creer
tan estrema desventura.
¿Por qué á turbar mi ventura
viniste, infernal muger?
Pero ese ruido... no hay duda,
mi esposo llega. Vereis
cómo ante él palideceis,
quedando de asombro muda.

Estrella. Porque la sorpresa sea
mas grande, voy allá dentro,
y yo saldré á vuestro encuentro
cuando oportuno lo crea. (*Vase.*)

ESCENA IV.

FELISA. ALFREDO. ENRIQUE. CORTESANOS.

Alfredo. Pasad, caballeros,
vereis á mi esposa,
vereis á una hermosa
de talle gentil;
vereis á la bella
que un trono merece,

á la que embellece
mi edad juvenil.
Esposa, mis brazos
te esperan; ven luego,
y mi amante fuego
aplaca tú asi.
Pues harto por verme
lejos de mi encanto
devorante llanto,
oh hermosa, vertí.
Pero desdeñosa
me estás escuchando;
acaso olvidando
me irias, cruel.
Levanta á mis ojos
tu frente nevada,
y regocijada
véate tu doncel.

Cortesanos. Los nobles, señora,
que estamos presentes,
deseamos vehementes
poderos servir.
Yo en nombre de todos,
las vidas y espadas
en lides honradas
os quiero rendir.

Felisa. Yo tanta fineza
aprecio, señores,
mas tales favores
cortesanos son.
Y afecto de corte
por noble espresado,
que es, ya lo he observado,
mentira, ilusion.

Alfredo. Señora...

Felisa. (*Al conde.*) Mi alma
está padeciendo;
lo que estoy sufriendo
hiriéndome va.
Desahogar mi pecho
con vos quiero ahora,
que pena roedora

matándome está.
Que de aquí se alejen
tus dignos amigos;
no quiero testigos
que me oigan hablar.
No quiero ante infames
llamarte tirano:
traidor cortesano,
hazlos retirar.

Alfredo. Qué es esto, por vida...
en ese aposento
entrad al momento;
muy presto saldreis. (*A los caballeros.*)
Voy á confesarme
con mi cuarta esposa.

Todos. ¡Ja, ja!!

Felisa. (Gente odiosa.) (*Se van todos.*)

ESCENA V.

FELISA. ALFREDO.

Alfredo. Hablar ya podeis.

Felisa. Sí que hablaré, señor, nada me arredra.
Yo la causa os diré de mi dolor,
y si el alma teneis de dura piedra,
maldígaos desde el cielo el Hacedor.
Yo en mi colegio con placer vivia
sin pensar en la dicha mundanal;
allí era tan feliz, que ni aun queria
ver otra vez la casa paternal.
Allí pasé mis tiernas primaveras
cual mariposa que de flor en flor
va saltando y corriendo las praderas
de la mañana á su primer albor.
Al salir del colegio me esperaba
un risueño dichoso porvenir,
porque un padre amoroso me aguardaba
para hacer halagüeño mi existir.
Pero al ir á tocar tanta ventura
relámpago fugaz mi vista hirió,
y cubrióse mi pecho de pavura

al rayo que el Eterno despidió.
Mi dicha sepultó en el negro averno
la rápida encendida exhalacion,
y su fuego voraz quedóse interno
abrasando mi ardiente corazon.
Al estampido horrísono del trueno
satánica vision miré cruzar,
y al punto os vi que con fatal veneno
vinísteis mi existencia á emponzoñar.
Pero vuestras palabras seductoras
la ventura me hicieron entrever;
nunca yo imaginé fueran traidoras,
y os consagré por eso mi querer.
Yo aborrecí á mis tiernas compañeras,
dejé el colegio y á mi casa fuí,
do en mis brazos con lágrimas sinceras
á mi amoroso padre recibí.
Mas mi honrada familia me cansaba;
la tristeza de mí se apoderó:
por ella yo á mi padre atormentaba,
y al fiel hermano que el Señor me dió.
Yo descubrí al autor de mi existencia
este amor, que juzgó tan desigual,
y aunque quiso vencer mi resistencia,
siempre firme me hálló, siempre leal.
Él me dijo qué suerte me esperaba
en lágrimas bañado de dolor,
y yo, hija ingrata, nunca le escuchaba;
bien merezco el castigo del Señor.
En fin, por tí mi sin igual reposo
de mi colegio con afan perdí,
y á un padre anciano su consuelo hermoso
infame arrebaté; todo por tí.
¡Y qué pago he encontrado, cielo santo,
á tan vehemente sin igual amor!
el verme condenada á oprobio y llanto
por un vil palaciego sin honor.
No os altereis, que repetirlo espero.
Yo diré ante la corte y ante el rey,
quien vende á una muger, no es caballero,
sino hombre sin honor, sin Dios, ni ley.

Alfredo. Vive el cielo, señora, que el malvado

que nuestra dicha pretendió turbar,
traidoramente á mí me ha calumniado,
pero cara su audacia ha de pagar.
Despreciad á los viles é impostores,
y reine la alegría entre los dos,
gocemos sin temor nuestros amores,
que bendijo un ministro de mi Dios.
Ya sabes que ante el ara consagrada
prometí idolatrarte hasta morir:
antes muerto seré que tú olvidada,
que el santo juramento he de cumplir.

ESCENA VI.

LOS MISMOS. DOÑA ESTRELLA.

Estrella. Calla tu lengua, impostor;
si á tu duro sortilegio
añades el sacrilegio,
eres un vil detractor.
Alfredo. ¿Vos aqui? (Serenidad.)
Que no he de verme de vos
nunca libre, vive Dios
que es mucha tenacidad.
¿Yo por fuerza he de adoraros?
Que nunca os quise sabeis;
aunque mucho me estimeis,
yo siempre he de despreciaros.
Estrella. Al amor, pobres mugeres,
entusiastas entregaos,
pero á sufrir preparaos,
porque sois débiles seres.
Perded sosiego y honor,
sacrificad todo á un hombre,
y él luego de vuestro nombre
renegará con furor.
Vuestro amor despreciará,
y por mayor insolencia,
de una rival en presencia
que nunca os amó dirá.
Si para tal padecer
destinadas hemos sido,

para haber muger nacido,
mas valiera no nacer.

Alfredo. Señora...

Estrella. ¿Podeis negar
que conmigo os enlazásteis
falsamente? ¿que lográsteis
mi cerebro perturbar?

Alfredo. Sí, niego.

Estrella. Del mismo sol
negará la luz tu lengua.
Eres, villano, la mengua
del claro nombre español.
Mas no impune quedará
ese tu desprecio infando,
que el gran monarca Fernando
justicia pronta me hará.
Y aunque tengais mas que el rey
tesoros y siervos leales,
vereis hoy que son iguales
los hombres ante la ley.

Alfredo. ¡Vive Dios!! Hola, criados...

ESCENA VII.

DICHOS. CORTESANOS. CRIADOS.

Cortesanos. Conde, ¿qué voces...

Cort. 1.° ¿Qué es esto?

Alfredo. De mi casa arrojad presto
á esa muger.

Estrella. ¿Sois osados...

Alfredo. Yo lo quiero.

Felisa. Deteneos;
no cometais tal traicion,
que tan denigrante accion
indigna es de un caballero.
No penseis que tan vil hecho
conmigo os disculpará,
antes bien irritará
mucho mas mi noble pecho.
De mí ya estais conocido,
aunque tarde por mi mal;

sé muy bien que criminal
con nosotras habeis sido.
Cortesanos. Ja, ja, ja.
Felisa. Sí, sí, reios;
del gran conde celebrad
la perfidia, la maldad,
con nuestro honor divertios.
Pero sabed que las frentes
sin vergüenza levantamos,
que aunque una afrenta lloramos,
de ella estamos inocentes.
Nuestra deshonra cierta es,
mas tambien hay caballeros
que deshonran sus aceros
por un mezquino interes.
Sí, muchos grandes señores
cual vosotros se afrentaron,
y á un alto puesto llegaron
perjuros siendo y traidores.
Alfredo. Basta ya: pues vos, señora,
mi dicha habeis perturbado,
salid de aqui.
Estrella. No, malvado.
Alfredo. Criados, sacadla ahora.
Estrella. Despues que me has engañado
con un enlace fingido...
Alfredo. Es verdad, mas...

ESCENA VIII.

LOS MISMOS. ENRIQUE.

Enrique. Te has perdido;
y tú, muger, te has salvado. (*A Estrella.*)
Alfredo. ¿Quién sois?
Enrique. Nadie lo sabrá.
Si os han tendido un vil lazo, (*A Estrella.*)
no importa, tomad mi brazo
y nadie os ultrajará.
Ya sabeis que castigaros
vil creyendo os pretendia;

mas de inocente, hija mia,
puedo ya calificaros.
Venid, y tú, jóven bella, (*A Felisa.*)
enjuga ese llanto hermoso,
que un lucero luminoso
viene siguiendo tu huella.
Aunque el negro nubarron
quiera oscurecer tu encanto,
el imperio sacrosanto
rasgará su azul crespon.
Y á los bellos resplandores
de la alta esfera estrellada,
tú te verás amparada,
y humillados los traidores.

Alfredo. Que digais quién sois, es ley;
descubrios.

Enrique. Eso no.
Tomad, eso me mandó
que hoy os entregara el rey.
¿Qué me decís?

Alfredo. Que al momento,
cual obediente vasallo,
voy á montar á caballo:
daré á la orden cumplimiento.

Enrique. Pues de palabra os diré
que si no vais con presteza,
del gran conde la cabeza
ensangrentada veré.
Señora, venid conmigo.
Bella jóven, resistencia;
en breve en la real audiencia
vengada os vereis conmigo.
Que si un noble deshonrando
está á la sangre real,
presto el poder colosal
verá del rey don Fernando.
Caballeros lidiadores, (*A los cortesanos.*)
el sarraceno os espera:
acorred vuestra bandera
si glorias quereis y honores.
En un guerrero virtud
no es reir en los salones,

que ellos manchan los blasones.
Nobles hidalgos, salud. (*Vase.*)

ESCENA IX.

LOS MISMOS, *menos* ENRIQUE *y* DOÑA ESTRELLA.

Cort. 2.° ¿Qué hombre es ese?
Alfredo. Vive el cielo
que es de elevado linage.
Ahogándome está el corage
con el mal que me recelo.
¡Ah! vos la culpa teneis
de todo lo que ha pasado,
porque al punto despreciado
á esa vil muger no habeis.
Yo dichosa os quise hacer,
pero vos me habeis vendido,
y me habeis escarnecido,
mas temblad de mi poder.
Conde Adrian, llegó la hora, (*Sale Adrian.*)
ya la apuesta os he ganado,
y pues su amor me ha cansado,
llevaos á mi gran señora.
Llevaos á la pobre necia
que imaginaba orgullosa
que iba yo á hacerla mi esposa.
Señora, el conde os desprecia:
ved aqui á la cortesana
rodeada de esplendor,
á la hija de un labrador...
Cortesanos. Ja, ja, ja.
Alfredo. A la villana.
Felisa. Basta. ¡Dios mio, favor!!
Alfredo. Conde Adrian, lleváosla luego.
Adrian. Venid, que mi amante fuego
no es cual el de otros traidor.
Felisa. Dejadme.
Alfredo. Veis qué virtud...
Todos. Ja, ja, ja.
Cort. 2.° Si es muy honrada.
Felisa. ¡Ah! yo os pido arrodillada

que respeteis mi inquietud.
Alfredo, Lleváosla.
Felisa. Viles traidores.
Alfredo. Llevadla.
Todos. Por fuerza.
Felisa. No;
piedad; ¿quién me ampara?

ESCENA X.

LOS MISMOS. GUILLERMO. ALDEANOS, *con garrotes.*

Guillermo. ¡Yo!!
Aqui estamos tos, señores.
Alfredo. ¿Vos aqui?
Guillermo. ¿Qué hay que os espante?
mi venía no os aflija;
vengo á defender á mi hija,
y á descrismar á un tunante.
Alfredo. Vil villano.
Guillermo. Ese sois vos;
esta aventura presente
diciendo está claramente
quién es el vil de los dos.
Alfredo. Que en mi castillo ahora estais
olvidásteis rencoroso,
y que su brillo ostentoso...
Guillermo. Muy equivocado estais:
desprecio, mal caballero,
este hogar, sabedlo pues;
sí, para mí solo es
la cueva de un bandolero.
Alfredo. ¡Infame!!
Guillermo. No es ilusion;
pues ande el robo se esconde,
alli, pervertido conde,
tiene su cueva el ladron.
De too estoy enterao;
y no os aplasto ahora mismo,
aqui, ni os rompo el bautismo
porque el rey me lo ha vedao.
Me ha enviao este papel

que la perfidia declara.
Hola, ya ocultas la cara;
chiquios, tomar un cordel.
Alfredo. ¿Qué vais á hacer?
Guillermo. Sujetarte.
Alfredo. ¿A un noble conde?
Guillermo. ¡Chiton!!
no es al conde, es al ladron.
Alfredo. Pero...
Guillermo. Calla, ó voy á ahorcarte.
Alfredo. Soldados...
Guillermo. Tus esperanzas
el rey, y yo, hemos frustrado,
y tu infamia han atajado
mis garrotes y sus lanzas.
Largo de aqui, caballeros
que de mi hija os reísteis;
que tiene un buen padre vísteis
que os desprecia, majaeros.
Miste qué bravas acciones,
reirse de una muger
porque la ven paecer
y aumentar sus aflicciones.
Si estas proezas, señor,
los nobles tienen por brio,
bendito seas, Dios mio,
que me has hecho labraor.
Felisa. ¡Padre!
Alfredo. Pero...
Guillermo. Echa elante.
Alfredo. Pero atado por la grey...
Guillermo. Asi á las plantas del rey
debe postrarse un tunante.
Si me hacen pronta justicia
la ley os castigará,
juro que no os librará
vuestra ingeniosa malicia.
Mas si retarda el castigo
el tribunal competente,
aunque viejo, soy valiente,
con que os vatireis conmigo.
La espada no sé empuñar,

pero tengo fuerte brazo,
y el hierro con él rechazo,
y pue que le puea doblar.
Sí; que mi brazo, guiao
por la ley de la razon,
á mis pies del campeon
veré el acero humillao.
Vamos al punto, salgamos:
no llores, que la esperanza
nos queda de la venganza.
Para la corte partamos.
Cuando me ejaste, peazos
el corazon se me hacia,
mas tu padre te ecia
aqui te esperan mis brazos.
Y pues sufriste el desden
y el engaño de un infame,
aun tienes tú quien te ame:
desgracia, á mis brazos ven.

Felisa. Padre.
Alfredo. Señor.
Guillermo. No hay bonanza.
Felisa. Mas templad tanto rigor.
Guillermo. Calla; que ha empañao tu honor,
y él me pide...
Felisa. } ¿Qué?
Alfredo. }
Guillermo. ¡Venganza!!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

PERSONAS.

EL REY DON FERNANDO.
ALFREDO.
GUILLERMO.
ADRIAN.
PASCUAL.
FELISA.
DOÑA ESTRELLA.
CAPITAN. OFICIALES 1.° Y 2.° UN PAGE. SOLDADOS.
CORTESANOS 1.° Y 2.°

Salon regio en el palacio del rey don Fernando.

ESCENA PRIMERA.

EL REY. CORTESANOS.

Cort. 1.° Seguro estad, gran señor,
que ofenderla no quisimos:
fuimos con el conde, sí,
á conocerla al castillo.
Pero nuestras espresiones
no han pasado de lo lícito.
Sí, celebramos del conde
el proceder inaudito,
mas con sarcástica burla,

porque nos compadecimos
de ver dos bellas sin honra
por el falaz libertino.

Rey. Decid, ¿no contribuisteis
á acrecentar el martirio
con vuestras risas infames,
de las que en hondos suspiros
mostraban la acerva pena
que las causara un inicuo?
¿No respondeis, caballeros?
confesad vuestro delito.

Cort. 2.° Señor...

Rey. Basta ya; conozco
que los que yo juzgué dignos
de merecer mi amistad,
villanos son corrompidos:
¿sois vosotros nobles? No,
que empañando estais el brillo
de la nobleza: bastardos
habeis, señores, nacido,
y deshonra dejareis
por herencia á vuestros hijos.
Alejaos de mi vista,
que no ós castigo ahora mismo
porque creo enmendareis
desaciertos tan contínuos.
Y porque esta reprension
que os da el rey ofendido,
mas sentireis si el honor
aun conservais, nobles ínclitos,
que si justo os condenara
al mas hórrido suplicio.
Ea, salid.

Cort. 2.° Perdonadnos.

Cort. 1.° Señor, con vuestro permiso.

(*Vanse los cortesanos.*)

ESCENA II.

EL REY.

Justo Dios, que en la batalla

mi brazo haces pederoso
contra el árabe canalla;
ilumíname piadoso.
Voy una afrenta á vengar,
voy á castigar á un hombre
que se ha atrevido á abusar
de tu soberano nombre.
Al traidor que me ofendiera
perdonar pudiera yo
aunque mi muerte quisiera,
pero al sacrílego no.

ESCENA III.

EL REY. UN OFICIAL.

Oficial. Señor, como habeis mandado,
al reo aqui he conducido.
Ved su acero.
Rey. Entre el malvado
que su nombre ha oscurecido:
(*Toma la espada y la pone sobre la mesa.*)
tengo deseos de oir
su vil justificacion,
mas nada ha de conseguir,
que es muy cierta su traicion.

ESCENA IV.

EL REY. ALFREDO. GUARDIAS.

Alfredo. Señor, á vuestras plantas...
Rey. Caballero,
alzad del suelo, que me dais horror.
Al hombre que empañó su noble acero,
dejarle yo á mis pies es mucho honor.
Que os levanteis, repito, aventurero,
y pues cúbreos la mancha del traidor,
pronto te rendirás si Dios te aterra
mordiendo, infame, con baldon la tierra.
Alfredo. Señor, ¿cuál es mi crimen?
Rey. ¡Miserable!

tus crímenes dirás; no los ignoras,
sabes que por tu pecho inexorable
padecen tres mugeres seductoras.
Yo estuve en tu castillo inespugnable;
supe en él tus acciones destructoras;
aunque á la corte á delatarte fueron,
y medidas tomar pronto me hicieron.

Alfredo. Oidme, gran señor: traidor no he sido,
mi espada de valor no he mancillado.
Que á dos bellas decís he seducido,
pero el vil que eso os dijo os ha engañado.
De las dos, á ninguna yo he perdido:
no negaré jamas que las he amado,
pero engañarlas no: quien mi honra empaña,
ese calumniador, ese os engaña.
No prometí á ninguna dar mi mano;
solo oyeron de mí tiernos amores,
y pues me llaman pérfido y villano,
¿las pruebas dónde estan de mis errores?
No pueden existir, mi soberano;
en mi linage nunca hubo traidores.
Solo por la ambicion y la impostura
se imfama mi honra, como el cielo pura.

Rey. ¡Sacrílego! Callad; del cielo santo
contigo la pureza no compares:
tal lenguaje escuchar me causa espanto
á un vil que levantó falsos altares
y cometiendo sacrilegio tanto,
causó de dos mugeres los pesares.
No en mi presencia mientas al Eterno,
ó se abrirá á tus pies el negro averno.
¿Y eras tú el caballero cortesano?
¡El noble conde! Sí. Mas con furor
me acuerdo que el acero de tu mano
en fiera lid soltaste por temor.
Con que eres por tus hechos ruin villano,
hombre sin religion y sin valor.
La patria te odia; evita su desdoro,
reniega de tu Dios y vete al moro.
Huye, que de los bravos españoles
empañas con tu infamia sus aceros,
y ellos son del honor puros crisoles

en la lid, y en palacio caballeros:
el honor español no mas inmoles:
yo te despojo de tus nobles fueros.
Vuele á hacer con el moro la campaña
el hijo espúreo que maldice España.

Alfredo. Aunque asi me ultrajeis, cual fiel vasallo
os respeto; señor; pero en mi frente
una mancha cruel de afrenta hallo
siendo mi alma del crimen inocente.
Antes que pronuncieis el duro fallo
permitidme que os diga humildemente
que ninguna traicion mi acero infama,
y esta calumnia vil venganza clama.
Si una prueba encontrais de mi delito,
aqui está mi cabeza, caiga luego,
y ábrase eternamente al vil precito
del hondo abismo el deborante fuego.
Vindicarme al momento solicito:
yo ante mis delatores con sosiego
la calumnia vereis cómo confundo,
dando un ejemplo de mi honor al mundo.

ESCENA V.

LOS MISMOS. FELISA. DOÑA ESTRELLA.

Rey. Salid, señoras, salid.
¿Quién es vuestro seductor?

Felisa. Ese vil.

Estrella. Ese traidor.

Alfredo. Mentís, jóvenes: oid.
Yo no niego que os amé,
pero os niego el matrimonio:
sí, que es falso testimonio
porque de amaros dejé.
Decid que ambas pretendeis
á un alto puesto elevaros,
y por eso sin reparos
deshonraros no temísteis.
Y sin mi estado saber,
diriais: ese villano
nos perdió, por si mi mano

os podian conceder.
Mas ya lo veis, soy casado,
y pues nada adelantais,
suplícoos que me volvais
mi honor, nunca mancillado.
Con la corte y con el trono
en discordia me pusísteis,
pero si os arrepentísteis,
de la calumnia os perdono.

Rey. ¿Qué decís?

Estrella. No señor,
que tan vil serenidad,
tan pérfida falsedad
me hacen arder en furor.
Ese lenguaje infernal
no abate nuestra inocencia,
que Dios nos dará asistencia,
para hollar al criminal.
Vedle, señor: él procura
ocultar su turbacion,
pero la infame traicion
su torvo semblante augura.
¿Que desistamos decís?
¿que no habéisnos engañado?
ya sabeis, hombre malvado,
que torpemente mentís.
Vuestro lenguaje falaz
seducir no puede al rey,
que la espada de la ley
no es de doblarse capaz.
Que ella os señale veré.
Cuando logre esta esperanza
de que os siga mi venganza
estonces desistiré.

Alfredo. Y bien, la espada, señora,
para el crimen atajar,
las pruebas ha de encontrar
de la afrenta que desdora.
Si os quereis vengar de mí
sin haberos ofendido,
de mi crimen pruebas pido.
Sí: mostradlas luego aqui,

presentadlas, ¿qué esperais?
Yo las aguardo sereno,
sierpes que el letal veneno
en mí verter deseais.
¿Callais? Si yo os dí mi mano
mi sacrilegio ver hace;
las pruebas de vuestro enlace
dadlas pues al soberano.
¡Y bien! ¿Callais? Gran señor,
ya ese silencio ha probado
que las dos me han calumniado
porque las negué mi amor.

Felisa. Señor, señor, ¿creereis
del monstruo en la sutileza
que empañó nuestra pureza?
¡Ah! no tan débil sereis.
Si despues del deshonor
vos nos juzgais impostoras,
entre penas matadoras
vamos á espirar, señor.
No ya venganza, no, pido;
mas quiero que no ignoreis
que si infamada me veis,
pura é inocente he sido.
He entregado mi virtud,
mas fue despues que en presencia
de la inmensa Omnipotencia
me unieron... ¡Oh ingratitud!
Nada quiero recordar,
que harta pena estoy sufriendo,
pero aun no me veis muriendo,
que es ya mi único anhelar.
Dadme licencia, señor,
para que huya del malvado
á un asilo consagrado
á llorar mi deshonor.
A esta infamia no resisto:
si fuí consorte engañada,
no lo seré consagrada
al Redentor Jesucristo.
Tomando el santo sayal,
mi culpa allí espiaré,

yo mi ruego elevaré
á la esfera celestial.
Diga la maledicencia
cuanto quiera de mi honor,
que sin mancha al Hacedor
presentaré mi conciencia.
Pues no le sirve ocultar
á el avaro su arca de oro,
si con traicion su tesoro
el ladron entra á robar.

Alfredo. Señora, nada dijisteis.
El crimen no habeis probado,
y ladron me habeis llamado.
Invicto rey, ya lo oísteis.
Pido que en vuestra presencia
que he sido tal justifique,
ó que al punto pongais dique
á su mordaz insolencia.
Ya basta de humillacion:
ni una prueba se presenta
de esa que llaman mi afrenta.
¿Pues dónde está mi traicion?
En vuestra lengua no mas,
y pues no podeis culparme,
que no os oiga yo injuriarme
ni envilecerme jamas.
Ahora no pido justicia
contra quien me ha envilecido,
porque generoso olvido
vuestra notoria malicia.
Si sois felices vengándoos
de un hombre porque no os ama,
de esa vuestra inicua trama
yo me vengo... perdonándoos.
Esta leccion daros quiero
de mi siempre puro honor,
que asi castiga al traidor
el que nació caballero.

Estrella. ¡Vos caballero! Mentira.
Un hipócrita malvado;
perdonad, monarca amado,
si ante vos me exalta la ira.

Vuestra falsa sutileza
no á mi rey fascinará,
pues que sois no dudará
deshonra de la nobleza.
Pruebas nos pedís, traidor,
que presentar no podemos,
pues ninguna las tenemos
por fiar en vuestro amor.
Viéndonos ante el Eterno
por un sacerdote unidas,
¿cómo no estar persuadidas
de que era vuestro amor tierno?
¿Cómo dudar, si ante Dios
ser nuestro esposo jurásteis?
Decid que no ejecutásteis
este sacrilegio vos.
Decid que con impiedad
no habeis del nombre abusado
del que fue crucificado
para hacer la iniquidad.
Decid que no sois perjuro:
ya con paciencia os oiré,
mas vuestra sombra seré
hasta vengarme, lo juro.

Alfredo. Señora...

Estrella. Ya lo sabeis.
Si esa muger os perdona,
el odio mi pecho encona;
su ponzoña sentireis:
herido mi corazon
destila su sangre ardiente,
y es de rabiosa serpiente
su matadora intencion.
Aunque de rancia nobleza
sola en el mundo he quedado,
y pues un brazo no he hallado
que castigue tu torpeza,
yo misma te seguiré:
como herida la leona
hallar su presa ambiciona,
yo ansiosa te buscaré
y lograré mi esperanza,

y acabaré de anhelar
cuando te mire espirar
como pide mi venganza.
Pues tu amor me deshonró
la venganza es mi consuelo.
Dios te perdone en el cielo,
que yo en este mundo, ¡no!!

Rey. Basta ya. No estés gozando
porque pruebas no he de hallar,
que Dios querrá iluminar
la justicia de Fernando.

ESCENA VI.

LOS MISMOS. UN PAGE.

Page. Señor, del conde la esposa
en este mismo momento
á Dios entregó su aliento.
Su agonía fue horrorosa.

Rey. ¿Lo escuchas, monstruo sangriento?

Alfredo. Señor...

Rey. Murió de dolor
al saber tu impuro hecho;
víctima cayó en el lecho
al mirar por un traidor
despedazado su pecho.
¡Ah! venganza yo te juro,
martir que en el cielo moras,
y á la Omnipotencia adoras,
que castigaré al perjuro
con mil penas matadoras.
Desgraciadas, respirad;
si no hay pruebas del delito,
con letras de fuego escrito
el crimen atroz mirad
en la frente del precito.
Su vista, que fuego exhala,
manifiesta su furor,
y ademas el Hacedor
á mi corazon señala

quién es el vil seductor.
Bravos soldados, á mí:
acércate, ve tú espada;
y pues está deshonrada
siendo mia, solo asi
debe de hallarse quebrada.
(*La rompe.*)
Idos, que yo os vengaré.

Estrella. ¿Me lo jurais?

Rey. Sí lo juro.

Estrella. A Dios, señor: del perjuro
libre prónto me veré. (*Vase.*)

Rey. Conducid á una prision
á ese hombre de humilde grey;
no le mostreis compasion.
Felisa, vuestra afliccion
hoy vengará vuestro rey;
y ahora á mi ver digo yo,
pues justicia hacer anhelo,
que al traidor que os deshonró
Dios le perdone en el cielo,
que el rey en la tierra, ¡no!!
(*Vase el rey.*)

(*Va á salir el conde de la escena con los soldados cuando es detenido por Guillermo, que apareció un momento antes, y detras Adrian.*)

ESCENA VII.

ALFREDO. SOLDADOS. GUILLERMO. CAPITAN. ADRIAN.

Guillermo. ¡Adónde bueno! ja, ja.
¿Adónde vais escoltado?
¿Sois acaso algun ladron?
Decídmelo sin reparo.

Felisa. Padre.

Alfredo. ¡Dejadme!

Capitan. Seguidme.

Guillermo. Aguardad un corto rato.

Capitan. Mis órdenes...

Guillermo. Al momento
os sigue, no hayais cuidiao.

Una litera te espera
á la vuelta de palacio.
Felisa, espérame en ella,
que á buscarte al punto marcho.
Sí, hija mia, voy á dejarte
en compañía de tu hermano,
pues aunque á tranquilizarte
fuí como sabes volandò
pa evitar que aqui viniera,
y en su genio arrebatao
hiciera cual se merece
á ese tunante peazos...

(*Mientras hablan padre é hija, Adrian, que sale con el padre, habla en secreto con el conde.*)

me temo si no ha cumplío
con lo que yo le he mandao,
y quiere seguinos, Felisa...
anda á la litera, vamos.

(*Vase Felisa.*)

Alfredo. Amigo, dame esa prueba.
Adrian. No olvidaré nuestro pacto.
Alfredo. La ocasion es esta.
Adrian. Arrostro por todo.
A Dios.
Alfedro. Vuela, y ánimo.
Adrian. Le tengo, si es que me ampara
de la noche el negro manto. (*Vase Adrian.*)

ESCENA VIII.

GUILLERMO. ALFREDO.

Guillermo. Escuchadme ahora vos.
Si hoy de la corte me marcho,
asi que deje á mi hija
con su honraísimo hermano
volveré aqui, y no sabeis
paa qué va á ser, malvao.
No es pa hacer que la justicia
os castigue sin retraso,
no es para peir al rey
que murais en el caalso;

mas será paa ecirle:
señor, yo estoy deshonrao,
y no quiero que otros hombres
castiguen al temerario.
Aunque viejo, mi alma es fuerte,
mi corazon es bizarro,
tengo afrenta, y quieo vengarla
con mis puños y mis brazos.
Mas pa eso no creais
quiero que esteis desarmao,
no señor, tendreis la espada,
que aunque querais darme tajos,
yo la espada os cogeré,
la romperé en mil peazos,
y agarrándoos por las patas,
sin que os valga Dios ni el diablo
ó de un porrazo os desnuco,
ó á un tiron os hago cuartos.
¡Ná! ¡Venganza aragonesa!!
¡Cara á cara y á trompazos!!!

Alfredo. (*Aparte.*)
(Me conviene entretener
algun tiempo á este bellaco.)
Señor, que injurié conozco
á algun corazon incauto;
fue quizá el de vuestra hija,
mas me arrepiento, y aguardo
espiar mi iniquidad
con serenidad de ánimo.
La muerte espero ambicioso:
la sufriré resignado
si vuestra Felisa y vos
decísme: sois perdonado.
La afrenta que nos causásteis
ya piadosos olvidamos.
No juzgueis hipocresía
lo que solo es desengaño.
Señor, el mas libertino
si llega á mi triste caso,
sus juveniles errores
aborrece, no dudadlo.
Y si á la víctima ve

de su proceder villano,
quisiera enmendar entonces
su iniquidad derramando
toda su sangre gozoso
por borrar delito tanto.

Guillermo. Si hablais sin hipocresía,
aunque de dejar no trato
sin venganza aragonesa
vuestro crimen temerario,
aun podré compadeceros,
si bien nunca perdonaros,
pues cuando...

ESCENA IX.

DICHOS. UN OFICIAL.

Oficial. ¿Quién es Guillermo?

Guillermo. Yo soy: ¿se le ofrece algo?

Oficial. Esta carta para vos
un campesino me ha dado,
diciendo que un caballero
que iba veloz caminando
en una litera, al verle
en el camino parado
le echó esa carta diciéndole
que la trajera á palacio,
y diz que aunque el carruaje
iba piedras lèvantando,
pues los corceles corrian
cual si fueran desbocados,
pudo oir que una muger
iba agudos gritos dando...

Guillermo. ¡Cielos...! tiemblo de pensar...
leamos pronto, leamos.

Alfredo. ¡Ah! ya morir no me importa,
pues mi amigo me ha vengado.

Guillermo. ¡Ah! ¡miserable de mí!
Venganza.

Oficial. ¿Qué os pasa?

Guillermo. Muero.
Por piedá darme un acero,
dádmele.

ESCENA X.

DICHOS. EL REY.

Rey. ¿Qué pasa aquí?
Guillermo. ¡Oh! mi augusto soberano,
miradme ante vos rendido;
venganza, venganza pido,
mas venganza por mi mano.
Esta ya es mucha maldá.
Rey. Pero di, ¿qué te ha pasado?
Guillermo. Que á mi Felisa han robado
por ese vil. Escuchad.

(*Leyendo.*)

«Guillermo, apenas Alfredo y yo vimos en la corte á vuestra hija, hicimos una apuesta y un convenio. La apuesta fue que el que primero de los dos consiguiera burlarse del honor de vuestra hija, ganaria á su rival mil escudos. El convenio fue el de protegernos y vengarnos mútuamente en caso de que descubierto nuestro designio tratasen de castigar á cualquiera de nosotros: á mí me ha tocado la desgracia de perder la apuesta; pero en cambio tengo la fortuna de dar á mi digno compañero una prueba de amistad.»

«Vuestra hija es ya mia, gracias á vuestra litera. No intenteis seguirnos, pues será inútilmente. Mi fuga es favorecida por la oscuridad de la noche, y sobre todo por las sendas ignoradas que seguimos. Pero si por casualidad nos seguís y lograis hallarnos, consiguireis salvar á un frio cadáver, pues juro que antes de entregarnos á mis enemigos, clavaré mil veces mi daga en el pecho de vuestra hija. Sabedlo y seguidnos.»

(*Representa.*)

Ya lo habeis oido, señor:
Me roban á el alma mia,
á la prenda que queria
con el mas ardiente anor.
Por toas partes mandad;
socorro y venganza anhelo;
dadme un rayo de consuelo,
que los sigan por piedad.
Pero qué digo, insensato:

si los llegan á alcanzar
me van á mi hija á matar...
de que no los sigan trato.
¿Qué hacer en tal situacion,
¡oh mi rey! si no lanzarme
sobre ese vil, ó entregarme
á la desesperacion?
Di, monstruo, ¿ya estás contento?
tú mi frente has deshonrao,
tú mis canas has pisao,
lobo de sangre sediento.
Quiero ahogarte entre mis brazos;
que del vil me vengue es ley.
¡Ah! sí: permitidme ¡oh rey!
que le haga dos mil peazos.
Pero ¡oh cielos! ya me olvío
que me han robao á mi hija,
y esta tardanza es prolija.
¡Socorrámosla, Dios mio!
Oid, oid sus lamentos,
y la amenaza el raptor,
y la litera, señor,
corre veloz cual los vientos.
Vos la quereis amparar...
ya corren vuestros soldados:
deteneos, desdichados,
si llegais la va á matar.
No me oyen... ¡Maldita suerte!
¡Ah! ya alcanzan la litera,
ya la paran: fuera, fuera...
Soldados, dadme la muerte.
¡Cielos! ¡Sangre! ¡Compasion!!
Un cuerpo en tierra rodando.—
¡Ah! mi hija está espirando.
Abrela ¡ó Dios! tu mansion. (*Se desmaya.*)

Rey. Socorredle: mis soldados,
mis órdenes voy á dar
para que á Felisa á hallar
se lancen por todos lados.
Amparad á ese infeliz,
y á ese monstruo vigilad;
que pronto mi magestad

vendrá á humillar su cerviz;
pues si al infierno le plugo
á ese réprobo arrojar,
que le vuelva á él á enviar
la cuchilla del verdugo.
Tiembla, sí, mal caballero:
pues tu pecho el crimen vicia,
hoy daré de mi justicia
un ejemplo al orbe entero. (*Vase el rey.*)

ESCENA XI.

LOS MISMOS, *menos* EL REY.

Guillermo. ¡Cielos! ¿qué pasa por mí?
Sin duda vuelvo de un sueño.
¿Quién está conmigo aqui?
¿No es el monarca mi dueño?
¡Ah! recuerdo todo, sí.
Alfredo. Señor...
Guillermo. Silencio, tirano.
Señores, fuera esperad...
Oficial. Pero...
Guillermo. Las puertas guardad:
estando preso el villano
nada receleis, marchad.

ESCENA XII.

GUILLERMO. ALFREDO.

(*Guillermo cierra las puertas.*)

Alfredo. ¿Por qué las puertas cerrais?
siendo vos tan enemigo...
Guillermo. Pa que te vatas conmigo.
Alfredo. ¡Eh! sin duda delirais.
Guillermo. Cara á cara, sin traicion
vatámonos.
Alfredo. De improviso...
Guillermo. Uno é los dos es preciso
que caiga por el balcon.

Alfredo. Pero...
Guillermo. A é ser alistante.
Paa ir á mi hija á buscar
quieo conmigo llevar
tu corazon, gran tunante.
Ea, guarda tu existencia,
acométeme, malvado,
con las armas que te ha dado
la divina Providencia.
Alfredo. Ese combate...
Guillermo. Es igual.
Alfredo. Tanta furia...
Guillermo. ¿Has olvidao,
traidor, que me has deshonrao?
¿podrás negar traicion tal?
Alfredo. No lo niego, pero espero
que presto seais consolado,
pues en busca ya han marchado
de vuestra hija.
Guillermo. ¡Ah! ¡yo muero!
Si en busca suya han salido,
al objeto de mi amor
va á asesinar el raptor:
ya, hija mia, te he perdío.
Alfredo. Sí, morirá; y yo vengado
satisfecho he de espirar.
Guillermo. ¿Aun mas te quieres gozar
en mi desgracia, malvado?
Alfredo. Siempre de ella me burlé,
y desprecié vuestro brio.
Guillermo. ¡Pues ampárame Dios mio!
Alfredo. ¿Qué haces...? ¡Suelta!
Guillermo. (*Lo tira por el balcon.*) ¡Le estrellé!!!
Mi venganza ya cumplí,
si está mi hija asesinada.
Felisa. (*Dentro.*) ¡Padre!
Guillermo. ¡Qué voz...!

ESCENA ÚLTIMA.

EL REY. FELISA. GUILLERMO. PASCUAL. CORTESANOS. SOLDADOS.

Guillermo. Hija amada,
ya no te esperaba aqui.
¿Quién me da tanto placer?
¿quién me evuelve mi gloria?
Pascual. ¿Quién, padre...? mi escapatoria
puo la infamia etener.
Por mas pronto aqui llegar
mi mula eché po un atajo,
y por él con gran trabajo
vi una litera cruzar.
Me acerco, y escucho un grito;
atiendo mas... y por via...
era mi hermana queria,
robaa por un maldito.
Alto digo, pare luego
de caminar la litera;
cuando un vil me dice: fuera,
quítese el trasto. Reniego...
Viendo esto, mi chuzo cojo,
á la litera me lanzo,
y asi que en ella me afianzo,
sobre el pícaro me arrojo.
Él, viéndose en trance tal,
rabioso con su especho
quiso clavar en el pecho
de mi hermana su puñal:
viendo accion tan vil y loca
castigué tos sus escesos,
pues de una puñá, los sesos
le hice arrojar por la boca.
De lo que ice no me pesa,
que á mi hermana é libertao,
y juntamente he tomao
la justicia aragonesa.
Rey. Cumpliste tu obligacion
si te hallaste en tal estremo.
¿Mas dónde está el conde? yo temo...
Guillermo. Vedle al pie de este balcon.

Rey. ¿Usaste la ligereza...?
Guillermo. Señor, él me ha deshonrao,
cuerpo á cuerpo me é vengao,
ahora tomad mi cabeza.
Rey. Basta para castigar
mi justicia soberana;
mas un alma tan villana
hace al hombre arrebatar.
No disculpo vuestra accion,
pues ella insulta mi trono,
pero alzad, que yo os perdono,
Dios lo haga asi en su mansion.
Guillermo. Gracias, señor: mi tesoro
es vuestro, disponed de él,
y mi brazo ofrezco fiel
paa combatir al moro.
Hija mia desgraciada,
alza tu frente marchita,
que de Dios está bendita,
aunque por un vil ajada.
Tu vergüenza y tu dolor
ven á ocultar en mis brazos,
y de hoy mas, nadie peazos
haga, hija mia, tu amor.
Felisa. Vamos.
Pascual. Sí.
Guillermo. No llores mas.
Rey. A Dios: sed dichosos.
Felisa. Vamos.
En el momento partamos.
Rey. ¿Y aqui no volveis...?
Guillermo. ¡Jamas!!!
Si hace falta mi presencia;
solo, yo solo vendré
á ofreceros con mi fé
mi tesoro y mi existencia.
Hija, ven, y de condesa
trueca el brillante esplendor
por las sayas y el candor
de labraora aragonesa.

FIN DEL DRAMA.

La oliva y el laurel.
La loca de Lóndres.
Las colegialas de Saint-Cir.
La feria de Mairena.
Elisa, ó el precipicio de Bessact.
El carcelero.
Probar fortuna.
Ya murió Napoleon.
El que se casa por todo pasa.

El libelo.
Los tres enemigos del alma.
Bandera negra.
La copa de marfil.
La prensa libre.
La parte del diablo.
Memoria de un padre.
Cuando se acaba el amor.
El fanático por las comedias.

Jnan Tenorio.
Periquito entre ellos.
El diplomático.
El parador de Bailen.
La veneciana.
La venganza de un pechero.
Beltran el napolitano.
Españoles sobre todo.
La accion de Villalar.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 400 producciones, de las que se han formado:

12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina**, á 160 rs.
56 idem del **moderno español**, á 20 rs. cada uno.
30 idem del **estrangero**, á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid en las librerias de CUESTA, calle Mayor, y de RIOS en la de Carretas, y en las provincias en los puntos siguientes:

Almeria, Gonzalez.--*Alcoy,* Marti Roig.--*Alicante,* Champourcin.--*Burgos,* Arnaiz.--*Badajoz,* Viuda de Carrillo.--*Barcelona,* Piferrer.--*Bilbao,* Garcia.--*Cadiz,* Moraleda.--*Córdoba,* Berard.--*Coruña,* Perez.--*Granada,* Sanz.--*Jaen,* Orozco.--*Jerez,* Bueno.--*Leon,* Miñon.--*Lugo,* Pujol.--*Málaga,* Aguilar.--*Murcia,* Gisbert.--*Oviedo,* Longoria.--*Orense,* Novoa.--*Pamplona,* Erasun.--*Palencia,* Santos.--*Palma,* Gelabert.--*Santander,* Riesgo.--*Salamanca,* Oliva.--*Sevilla,* Caro Cartaya.--*Santiago,* Rey Romero.--*San Sebastian,* Baroja.--*Vitoria,* Ormilugue.--*Valencia,* Navarro.--*Valladolid,* Hijos de Rodriguez.--*Zaragoza,* Yagüe.

En las mismas librerias se venden las obras siguientes:

Fígaro: Cuatro tomos en 8.º marquilla con el retrato y biografia, 100 rs.
Alvarez: Derecho real, dos tomos, 40.
Rossi: Derecho penal, dos tomos, 36.
Astronomía de Aragó: un tomo 14.

Estas tres obras han sido aprobadas por la Direccion general de estudios como útiles á la enseñanza pública.

Poesias de **D. José Zorrilla:** diez tomos que se espenden sueltos, 160.
—— de **José de Espronceda:** un tomo, 24.
—— de **D. Tomas Rodriguez Rubí:** un tomo 10.
Recuerdos y fantasias por don José Zorrilla: un tomo, 10.
La Azucena silvestre por el mismo: un tomo, 12.
Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.
Introduccion á la historia moderna, por D. Antonio Gil de Zárate: un tomo, 12.
Coleccion de novelas históricas originales españolas, que consta de veinte y nueve el total de tomos, á 8 rs. cada uno.
Cuentos fantásticos de Hoffman, dos tomos, 12.
El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.
El libro del pueblo: un tomo, 6.
Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo 6.
Composiciones del Estudiante en verso y prosa: un tomo, 12.
El pobrecito hablador, por Larra: un tomo, 12.
Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.
Memorias del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.
Arte de declamacion por Latorre: un folleto, 4.

Memorias de un coronel.
Jusepo el Veronés.
El hijo de la tempestad.
Una boda improvisada.
Marcelino el tapicero.
Los dos solterones.
El hombre mas feo de Francia.
Noche toledana.
El juglar.
El castigo de una madre.
Las memorias del diablo.
Otra casa con dos puertas.
Gaspar.
Llueven bofetones.
Cazar en vedado.
El corsario.
Cásate por interés.
A cazar me vuelvo.
Ser buen padre.
El sitio de Bilbao.
Cromwell.
Pablo y Paulina.
La novia de palo.
Soltera, viuda y casada.
El protestante.
Catalina de Médicis.
El caballero de industria.
Cristobal el leñador.
Gabriela de Belle-Isle.
El abuelo.
El médico y la huérfana.
El pacto del hambre.
El proscripto.
La degollacion de los inocentes.
Los dos celosos.
Los cómicos del rey de Prusia.
La abadia de Castro.
Un hombre de bien.
La carcajada.
Lázaro.
Un secreto de familia.
Una aventura de Carlos II.
La molinera.
El mercader flamenco.
El secretario privado.
La cisterna de Alby.
Una cadena.
Amor y nobleza.
Antonio Perez y Felipe II.
Adolfo.
Amor venga sus gravios.
Antoni.
Perder y cobrar el cetro.
Quince años despues.
Fabio el novicio.
Los zelos.
El primito.
Cecilia la cieguecita.
Los solitarios.
La coja y el encojido.
Las Batuecas.
Sofronia.
El puñal del Godo.
La mejor razon la espada.
El molino de Guadalajara.
El caballo del rey D. Sancho.
La bruja de Lanjaron.

Angelo, tirano de Pádua.
Amor y deber.
A un cobarde otro mayor.
Adel el Zegrí.
Baltasar Cozza.
Catalina Hovar.
Chiton!!!
Doña Maria de Molina.
Doña Urraca.
Doña Jimena de Ordoñez.
Doña Blanca de Navarra.
Diana de Chivri.
D. Rodrigo Calderon.
Dos granaderos.
Dos padres para una hija.
Elvira de Albornoz.
El desconfiado.
El hijo predilecto.
Emilia.
El astrólogo de Valladolid.
El pária.
El campanero de san Pablo.
El casamiento nulo.
El afán de figurar.
El peluquero de antaño.
El pobre pretendiente
El hijo en cuestion.
Está loca!
El dómine consejero.
El compositor y la estrangera.
El duque de Braganza.
El pilluelo de Paris.
El soprano.
El gondolero.
El castillo de san Alberto.
El ramillete y la carta.
El comodin.
El mulato.
El marido y el amante.
Fray Luis de Leon.
Funcion de boda sin boda.
Garcilaso de la Vega.
Guillelmo Colman.
Hernani.
Hija, esposa y madre.
Intrigar para morir.
Incertidumbre y amor.
Intriga y amor.
Isabel de Babiera.
La vieja del candilejo.
La político-mania.
Mata-muertos y el cruel.
A muerte ó á vida.
La familia de Falkland.
Cain Pirata.
La Judia de Toledo.
Detras de la cruz el diablo.
Retascon.
Simon Bocanegra.
Casada, virgen y mártir.
La rueda de la fortuna.
Honra y provecho.
Los partidos.
El pozo de los enamorados.
El hijo de la viuda.
Conspirar por no reinar.
Vicente Paul.

La estrella de oro.
Los cortesanos de D. Juan II.
La ocasion por los cabellos.
Los zelos infundados.
Los amoríos de 1790.
La conjuracion de Fiesco.
La cuarentena.
La pata de cabra.
La gata muger.
Lucrecia Borgia.
Luis onceno.
Los guantes amarillos.
La frontera de Saboya.
Las máscaras negras.
La espada de mi padre.
La cruz de oro.
La hermana del sargento.
Los padres de la novia.
Luisa.
La escalera de mano.
La solterona.
La cuñada.
La hija del avaro.
La hosteria de Segura.
Me voy á casar.
María Remond.
Macbet.
No hay mal que por bien no venga.
Ni el tio ni el sobrino.
No siempre el amor es ciego.
Padre é hijo.
Plan-plan.
Pablo el marino.
Roberto D' Artevelde.
Ricardo Darligton.
Sin nombre!
Stradella.
Teodoro.
Toma y daca.
Virtud en la deshonra
Valeria.
Un poeta y una muger
Una muger generosa.
Un dia de 1823.
Una y no mas.
Un artista.
Un tio en Indias.
Un liberal.
La familia improvisada.
El hombre misterioso.
Cada cosa en su tiempo.
Los independientes.
Sancho Garcia.
Mi honra por su vida.
El galan duende.
La escuela de los periodistas.
Por él y por mí.
Honoria.
El capitan de fragata.
Ella es.
Ir por lana y volver trasquilado
La reina por fuerza.
Toó jue groma.
Viriato.
Casualidades.
Vengar con amor sus celos.
El padrino á mogicones.